

Efecto mariposa

¿Quién es más responsable: el que lanza una mentira, el que la secunda y encubre, el que sabiendo y debiendo denunciar calla? Dilema difícil de resolver. Una mentira dicha en la pareja, en la familia, en el grupo de amigos, en la sociedad o institución en que se participa, se genera, crece, pudre y muere de la misma manera. Todo parte por un aleteo (desde ocultar una verdad hasta la comisión de un delito) y todo a su alrededor se corroe, dejando que la pus del que la ha gestado espante a sus cercanos debido a que nadie querrá acercarse a su hediondez.

El holocausto, las violaciones a los derechos humanos, siendo una pura verdad, ha sido negado o justificado por quienes no quieren aceptar la degradación de sus líderes. Se rompe la limpia porcelana de sus imágenes. Muchos aún la justifican, pues no se atreven a reconocer esas masacres, torturas o vejámenes. Dicen “¿algo habrán hecho?” y se salen de la escena y vuelven a su mundo ligh.

Pasa hoy con el reconocimiento de Francisco a lo que todos sabían, menos él: Que había aberraciones; que se habían ocultado; que quien ejercía el poder no hizo nada, sea porque estaba comprometido, porque no era su función informar o porque el asiento desde donde dirigía a sus feligreses era demasiado cómodo para arriesgarse a perderlo.

Los obtusos reconocen en otros que los dictadores se han enriquecido gracias al control de su pueblo, pero no lo pueden aceptar en los propios, aunque haya sentencias que así lo demuestren.

¿Nadie se da cuenta que lo que se hace está mal? ¿Sobresueldos, boletas falsas, comisiones, gastos reservados? Luego se justifica y se minimiza. “Todos lo hacen”, terminan diciendo los majaderos, como si alguna pequeña cuota les cayera a ellos. Se acostumbraron tanto al trato de soberano que no pueden volver a sentir que son simples personas y que, ahora, deben alejarse de las líneas de control, pues no saben hacerlo. Los beneficios de los que gozaban, se terminaron y duele admitirlo.

En el ámbito mundano pasa lo mismo. Si se miran el ombligo verán que en sus vidas privadas y sociales actúan de la misma manera. Una simple mentira, encubierta o justificada no deja de ser mentira y, aunque pidan y reciban perdón, no se olvidará y la vergüenza le seguirá como una cicatriz. Quien no se mira al espejo para aceptar sus carencias y desechar su malentendida soberbia se pegará en la versión de víctima y que lo están dañando y quedará irremediamente solo.